

La locura

CUANDO LO CONOCÍ YA DABA de qué hablar.

Todavía lo recuerdo. Estábamos a mitad de curso de 1867. Él seguía los estudios de perito agrónomo para llevar mejor sus haciendas. Yo estudiaba Derecho Civil. Armengol, mi *a látere*, vino, como cada día al anochecer, a la pensión, para ir a dar una vuelta después de cenar. Y como la noche anterior había habido tiros en la Rambla, y tal como andaba el pueblo se podían repetir, cuando estuvo en la calle, me dijo:

—¿Sabes dónde podríamos pasar la velada? En el Café de las Delicias. Sé que vuelve a ir por allí Daniel Serrallonga, al que tú quieres conocer, y, si está, te lo presentaré. Sólo te pido que, si dice alguna tontería, te aguantes la risa y lo dejes

para mí, que conmigo no se enfada. Yo me lo camelo, como dicen ahora, y él no se da cuenta.

—Venga, pues; vamos yendo —dije yo, más contento que si me hubiera invitado al Teatro Romea, donde en aquellos tiempos el gran Fontova me hacía llorar de risa.

Y... pim, pam... ya no paramos hasta la rotonda que había en el fondo de aquel café, por entonces uno de los mejores de Barcelona. Pero desde el lindero de la puerta de la sala de entrada, donde nos detuvimos para observar, a Serrallonga no se le veía.

—¡Pardiez! —exclamó Armengol—. ¡Es capaz de estar jugando!

—¿Cómo?, ¿es que también juega?

—¡Uf!, como un tahúr, cuando le da por ahí.

—Miremos bien, miremos bien —le rogué, sintiendo perderme la diversión que se me había ofrecido.

Y entonces fuimos recorriendo el pasillo frente a las columnillas que sostienen la galería del entresuelo, fijándonos detenidamente en cada uno de los parroquianos que había por aquellas mesas, discutiendo o leyendo periódicos. Estaba viendo que, si bien abundaban los hombres en aquella velada, escaseaban de manera extraña las mujeres, cuando oigo que Armengol exclama de repente un «¡Por fin!» que duró cinco segundos. Miro y veo cómo, desviándose de su camino, aborda a un quídam que, sentado bajo la magnífica palmera de cristal

tallado situada en medio de la sala, estaba muy enfrascado en la lectura de un periódico, que mantenía extendido verticalmente y casi tocándole la nariz, de modo que la única cosa que yo descubriría del lector eran sus manos. Armengol se detuvo delante de él y, para darle las buenas noches a la manera de los estudiantes y pegarle un susto, ¿qué es lo que se le ocurre?... Va y le da un manotazo enorme en el periódico. ¡Pero qué fue lo que hizo! El agredido se estremeció de pies a cabeza como si le hubiera picado una víbora. Aquellas manos largas, nudosas, que yo miraba, se crisparon repentinamente: una, la izquierda, sujetando el periódico echado a un lado; la otra cogiendo como una maza la botella de agua que tenía más cerca. Y no es necesario decir que, al mismo tiempo, el hombre se levantó de una vez, cuan largo era, con actitud amenazadora, pálido de rabia, con los ojos fuera de sus órbitas y los anteojos de lado, buscando al insolente autor del manotazo.

«¡Qué demonio!, ¡cómo se toma las cosas!», pensé yo, mientras corría para ayudar a evitar el escándalo. Pero, aún no había dado ni cinco pasos, que ya vi conjurado el peligro: Armengol se había hecho perdonar con aquella sonrisa simpática que siempre ha tenido, y Serrallonga, desarmado seguramente por la evidencia de la buena intención, recobraba los colores, soltaba la botella y se contentaba con amenazar a su amigo con un revés que tenía más de caricia que otra cosa, acompañado de las siguientes palabras:

—Un poco más y casi te pego, ¡tontorrón! No podía imaginar que fueras tú. Creía habérmelas con algún reaccionario maleducado, con algún *neo*, mortificado, quizás, al verme leyendo el *Gil Blas*.

Entonces, Armengol se encargó de presentarme, y él y yo nos sentamos uno a cada lado del agrónomo, llamando a palmadas para que nos sirvieran café y copa.

Daniel Serrallonga, mayor que nosotros, debía entonces de tener unos veinticinco años; sin embargo, descolorido, chupado de cara, con barba espesa y cortada al ras y de un rojo sal y pimienta como los cabellos que también llevaba muy cortos, aparentaba más edad. Sus ojos, redondos y de pupilas grises, apenas visibles a través de los gruesos cristales de aquellos quevedos de oro perennemente atenazados en la parte alta de su nariz esquinada, abierta de aletas y un tanto torcida hacia la izquierda, invitaban a añadirle más años, o a darle, por lo menos, una edad indefinible por la ausencia del esplendor de la juventud y el exceso de tristeza enfermiza que le caracterizaban. Tenía la cabeza grande, de frente abombada y corta, las cejas borrosas, y, al escuchar o rumiar con los ojos puestos en blanco y las pupilas extraviadas, la vena frontal y la arruga del entrecejo se le inflamaban y encendían como por súbita congestión. Era alto y delgado, vestía con descuido y se distinguía, sobre todo, por el mal gusto de sus corbatas, siempre de colores rabiosos y con el nudo

a medio hacer. Acalorado por naturaleza, llevaba siempre el sombrero hongo echado hacia atrás, los cuellos muy anchos, nunca puños ni abrigo, por mucho frío que hiciera; pero por una contradicción chocante, hija, quizás, de la necesidad de armonizar su continua agitación interior con el incansable movimiento de sus remos, andaba siempre con pantalones estrechos y la americana abrochada de arriba abajo, por muchos pañuelos y libros y periódicos que llevara en los bolsillos. No abandonaba jamás su bastón de porra de hierro ni se quitaba de los labios su ennegrecida pipa; y, cuando se le veía por la calle, solía andar solo, con cara de preocupación, muy deprisa, envarado como un tambor mayor y casi siempre secándose el sudor de la frente, del cuello y de las muñecas. Era exactamente el tipo que ya me había llamado la atención alguna vez por sus extrañas maneras y descrito tiempo atrás por Armengol.

—Y pues, ¿andamos escasos? ¿Te has arruinado, que te veo por aquí? —le dijo éste pellizcándole el brazo hasta hacerlo estremecer de tal modo que le temblaron los anteojos.

—¡Mira que si me los rompes! —exclamó Serrallonga apresurándose a remontarlos mejor en la nariz.

—¿Qué quieres decir? —preguntó insolente el otro, para hacerle hablar.

—Que te los haré pagar.

—¡Sinvergüenza! ¿Eso harías?... ¡Vaya amigos!

Serrallonga se concentró un instante, sonrió y, de repente, se sacó el artefacto de delante de los ojos, se lo dio noblemente a mi amigo, mientras le decía con la mayor vehemencia:

—¡Toma, tontorrón, toma! Si te lo has tomado en serio, hazlos añicos.

Y viendo que Armengol, por toda respuesta, le volvía a poner los anteojos en su lugar con mucho afecto, se los arrancó y, exagerando el desprendimiento de su amistad, volvió a emperrarse en que se los rompiera.

Yo abría los ojos de par en par, me mordía el labio, no sabía cómo aguantarme la risa; hasta que el guasón de Armengol, para terminar, fingiendo que iba a lanzar aquellos cristales por el suelo, se levantó, sorprendió a Serrallonga con un abrazo y, mientras volvía a atenzar los anteojos en la nariz, le repitió la primera pregunta:

—Venga, di: ¿te has arruinado?

El pobre interrogado se sonrojó de vergüenza por el hecho de hablarle de su vicio delante de mí; y como, buscando una astucia para rehuir la respuesta, agachó la cabeza y se quedó mudo mientras vaciaba la carbonilla de la pipa encima del *Gil Blas*, que había dejado sobre la mesa, cuando el otro saltó:

—¡Hombre!, éste es como si fuera yo mismo: puedes hablar con toda tranquilidad. ¿Qué te crees que va a ir a tu pueblo a pregonarlo todo?... ¡Tú me dirás, si es de Vilaniu!

Y créeme que el primer vilaniuense al que conoce eres tú. ¿Verdad?

—¡Y bien! —dijo Serrallonga, ya molesto—: ¿por qué tienes que saber si tengo dinero o no?... ¿Acaso te lo estoy pidiendo? ¿O es que me lo quieres pedir?

—No; soy yo quien te lo ofrecería.

—Gracias, pues. Guárdatelo para una mejor ocasión.

Y, volviéndose hacia mí, como para buscar un aplauso, estalló en una risotada. Yo tenía una cucharilla de café entre los labios, que me privó de corresponderle; y, por encima de la mano con la que sujetaba la cucharilla, observé disimuladamente a Serrallonga, y me pareció descubrir en su cara, contraída por la risa, aquella vaga tristeza que traiciona al vanidoso que, habiéndose pasado de listo, no ha causado efecto.

Serrallonga, a decir de Armengol, era, además, lunático, reservado, de unas inconsecuencias de carácter inexplicables. Mi amigo le había visto, en el transcurso de tres años, pasar de devoto intolerante y decidido a racionalista rabioso; de libertino desenfrenado a émulo perfectísimo de san Luis; de retenido y receloso como un avaro a jugador como el que más; de estudioso y aplicado con matrícula de honor a no mirar ningún libro de la carrera ni acercarse para nada al aula. Hoy abrazos y mañana estacazos; quien lo veía hoy no le conocía mañana. Por eso, sin duda, le habían bautizado con el mote de *Banderola* sus condiscípulos.

Al mentarle el asunto de la política fue cuando cantó. Estaba en aquellos momentos formándose en España la turbonada que estalló al año siguiente. Las luchas entre liberales y retrógrados habían adquirido una virulencia espantosa. Estos últimos, apoyados en el militarismo que acaudillaba el general Narváez y en el clericalismo introducido en el Palacio de Oriente por el padre Claret y sor Patrocinio, habían, materialmente, tomado una actitud dictatorial, persiguiendo, encarcelando y desterrando a diestro y siniestro todo aquello que representara fuerza o dirección dentro de los otros partidos liberales de España. La persecución exacerbaba los odios, encendía el espíritu de la rebelión en las masas partidarias de los perseguidos. Los nubarrones, lejos de deshacerse, crecían e iban cargándose de electricidad. Incluso Prim, el ídolo de la juventud catalana, el héroe legendario de la guerra de África, el diplomático que tan alto supo poner el nombre de España en México comandando la expedición que, contra su propio consejo, nuestro gobierno quiso enviar allí, había tenido que emigrar a tierras extrañas.

Serrallonga, hasta entonces indiferente a la política, se sintió soliviantado por el escándalo y se hizo partidario decidido de la revolución.

—Leer periódicos, leer periódicos y ponerme furioso: ¡eso es lo que hago ahora!

—Hombre, ¡no te lo tomes tan a pecho! —le aconsejó Armengol, con la flema afectuosa que le era propia, mientras

me hacía disimuladamente un guiño con el que me quería decir: «Ya estamos de nuevo: ya le he tocado la fibra sensible. Escucha».

—¡Un cuerno! ¿Crees que no tengo sangre en las venas? ¿Es que no te has enterado de los tiros de ayer en la Rambla?... ¿Para esto se habían instituido los Mozos de Escuadra, para fusilar a la gente de bien? ¡Granujas! ¡A fe mía que no sois hombres los que os lo tomáis así! ¿O sea, que nos hemos de dejar tratar como unos parias, como unos ilotas? ¿Acaso no ves que esto no se puede soportar? ¡Menuda juventud!

—De acuerdo, ¿pero qué quieres que hagamos? ¡Como si pudiéramos arreglar algo nosotros!

Serrallonga calló, clavó los ojos un rato en los de Armengol y, finalmente, amarillo por la ira concentrada y con una risita desdeñosa en los labios, tembloroso, afirmó con la voz baja:

—¡Ya verás si haremos cosas, los que nos unamos!

A Armengol y a mí que, un tanto indiferentes, cualquier conspiración nos parecía estéril, por poco se nos escapa la risa.

—¡Oh!, no os riáis, no, que todo ese fardo de palacio lo hemos de sacar a escobazos y, si no... ¡a cañonazos!

—De todo tiene la culpa el clero —dije yo, parodiando una frase entonces muy al uso entre los revolucionarios de baja ralea.

—Aunque usted se burle —saltó Serrallonga mirándome fijamente, con una actitud tan amenazadora que casi me daba miedo—, el clero parece que busca una segunda edición del 35. No se debe de acordar poco él¹ de los frailes. Que vaya tirando él de la cuerda, que tire... que, una vez armada la gorda, ya veremos. Prim conspira. ¡Ya lo veréis, cuando la tenga armada! ¡Se tiene que acabar, esto se tiene que acabar! El golpe tiene que llegar.

Serrallonga, a pesar de ser de Vilaniu, que es pueblo de escandalosos, solía hablar en voz baja. Pero el caso es que en aquel momento, al exaltarse, iba levantado la voz hasta un punto que, con los tiempos que corrían, rayaba en la imprudencia, y más tratándose de lo que se estaba tratando, y estando como estábamos rodeados de gente desconocida. Por eso Armengol y yo empezábamos a arrepentirnos de haberlo ido azuzando y mirábamos recelosos qué cara ponían los vecinos más cercanos, que eran los que en medio del murmullo de las conversaciones de la sala, mucho más llena de gente que antes, podían pescar lo que decía nuestro amigo. En ésas, hete aquí que el rumor crece en un unísono extraño, que todas las miradas convergen en la entrada

1. Se refiere probablemente al general Ramón María Narváez, presidente del Consejo de Ministros español, quien entre 1866 y 1868 llevó a cabo una represión implacable contra cualquier tipo de manifestación contraria al régimen de la monarquía conservadora.

y que, de repente, el ruido se detiene en seco. Miramos: el comandante de los mozos, alto, grueso, fornido, con el aire más pacífico del mundo, como de un hombre que va a tomar el café donde mejor le place, aparece en la entrada de la sala, vistiendo, como siempre, su austero uniforme azul oscuro con la botonadura de plata. El hombre no titubea: se va a una mesa en el centro. Pero tampoco nosotros titubeamos: aún no ha tomado la silla por el listoncillo alto del respaldo, cuando todos nos levantamos a la vez, como obedeciendo a una consigna misteriosa. Él se queda parado, de pie, mirando hacia todos los lados con la expresión interrogante, llena de sorpresa; pero ve que, a medida que su mirada va viajando, se van levantando todos los que con ella se topan. Entonces el hombre lo entiende todo, y se sienta en actitud de retar al público.

«¡Ah, no! —piensa éste, todavía todos a una—; contigo no tomamos café, contigo no nos juntamos, ¡asesino del pueblo!». Y otra vez el resorte misterioso empuja a toda la concurrencia fuera de las mesas, escaleras arriba hacia la galería circular. La parte baja se queda desierta. Ya sólo están el comandante y el escanciador, que, rechinando de dientes, le sirve el café. El chorro de la cafetera ha caído deprisa. El comandante, una vez se queda completamente solo, mete la cucharilla en la taza y, remueve que removerás tranquilamente, levanta la vista y mira con desdén, con una sonrisa de

asco, a la multitud apiñada en la galería. Entonces estalla un alboroto formidable:

—¡Viva la libertad! ¡Muera el asesino! ¡Fuera, fuera el verdugo del pueblo! ¡Pantera! ¡Bruto! ¡Traidor! ¡Sinvergüenza!... Hala, ¡al infierno!

Y las señoras, amparadas en la última fila, se desmayan o huyen chillando, y los hombres, excitados por la impasibilidad de aquel esbirro tremebundo, alborotan levantando los bastones, amenazándole con los puños cerrados, hasta que él, una vez ingerido el café con una tranquilidad exagerada, se levanta y dice gritando:

—¡Cobardes! ¡Quien quiera algo de mí, que baje!

—¡Yo! —grita con voz cascada Serrallonga—; ¡yo, que quiero comerte los higadillos!

Sin embargo, al hacer ademán de abrirse paso a codazos, se forma un remolino espantoso en dirección hacia nosotros, la avalancha se vuelve formidable, la barandilla de hierro trabajado pelagra, los chillidos de las mujeres aumentan, relucen en el aire los cañones de los fusiles y cuatro manos vigorosas de guardias civiles bregan entre las cabezas de la multitud.

Quieren detener a nuestro amigo y se produce allá donde nos encontramos un estruendo de gritos, silbidos y amenazas que se confunde con el que arma la mayoría del público al ver al comandante de los mozos salir triunfal abajo por entre la muchedumbre que en un principio le cerraba el paso.

—¡Cobardes! —grita aún Serrallonga, que no lo ha perdido de vista y le arroja el bastón con toda la furia—. ¡Agarrádmelo o matadlo!

—¡Matadlo, matadlo! —repiten diversas voces inútilmente.

—¡Eh! ¡Basta, basta ya! —oigo que grita a mi lado un sargento de civiles, alto como una torre, mientras alarga a su vez el brazo hacia nuestro amigo, y de paso descoyuntándome a mí las costillas con el apretón de su cuerpo.

—¡Eh! ¡Fuera, fuera! —gritan todos a su alrededor.

—¡No! ¿Por qué? —exclama Serrallonga al ver agitarse por los aires aquellas manos y entendiendo que van a por él—; ¿por qué? ¡Paso a la Guardia Civil! ¡Si me quiere detener, que me detenga! ¡Aquí me tiene!

—¡No, no, no! —chillan mil voces.

—¡Que sí, que digo que sí! ¡Todos nos lo merecemos por gallinas! Sargento, aquí me tiene: deténgame —añadió todavía, presentando su pecho como un valiente y empujando en su dirección, para acortar la distancia que los separaba.

Por aquel hecho fue Serrallonga a parar a la histórica torre de la Ciudadela. Él estaba sin embargo tan entusiasmado con el papel de mártir que allí representaba, que no sabía ni explicarse la natural preocupación con que su padre, don Ignasi, llegado desde Vilaniu en un abrir y cerrar de ojos, iba y venía de Madrid, poniendo en juego las pocas influencias

que se dejaban vencer, para sacar a aquel muchacho de la cárcel.

Nosotros íbamos a verle casi cada tarde, y siempre lo encontrábamos radiante, contentísimo de su suerte, y dispuesto a hacernos sentir, con aires de conmisericordia, las excelencias del cautiverio para quien sabía odiar la tiranía como él la odiaba. Allí, dentro de aquella mazmorra de piedra enmohecida por la humedad, que sólo recibía hilillos de claridad por una tronera altísima y de cinco palmos de grosor, él se echaba a perder los ojos, ya de por sí bastante cortos de vista, escribiendo con lápiz proclamas, versos y artículos revolucionarios en trocitos de papel que nosotros le dábamos, aprovechando las distracciones de los centinelas, y que al día siguiente nos pasaba por la rejilla a fin de que procurásemos publicarlos. Alegres como éramos, Armengol y yo nos divertíamos con la lectura de aquellas exageraciones pueriles. Ni por un momento se nos ocurrió llevarlas a redacción alguna. Sin embargo, para no hurtarle al preso el consuelo que la ilusión le daba, le decíamos lo contrario, le hacíamos creer que todo se publicaba, más o menos clandestinamente, y que aquello provocaba mucho ruido. Al principio, sólo con eso se llenaba de gozo; más tarde, ya se lamentaba diciendo:

—¡Lástima que, por los debidos miramientos (aunque no los pida) al cipayo del carcelero, se tengan que publicar sin mi firma! ¡Otro prestigio mayor tendrían si el pueblo su-

piera que salen de este calabozo y que son del *vengador de las víctimas de los Mozos de Escuadra!*

Lo miré lleno de sorpresa. Tenía la cara encastrada en la rejilla y, bajo la múltiple presión de aquella cuadrícula de barrillas de hierro, su fisonomía, hinchada y triste, me llegó a repugnar. Era, más que cualquier otra cosa, el efecto desagradable que me habían causado sus inconcebibles pretensiones.

—Bueno —saltó Armengol, siempre a punto de alargar la broma—; podrías firmar por un tiempo con el mismo pseudónimo: el día que ganéis te lo podrás quitar como si te quitaras una careta, y vendrá a ser lo mismo que si hubieras puesto tu nombre.

En aquel momento, Serrallonga, vaciando conceptos aprendidos en los periódicos que en aquellos tiempos leía, dijo en tono sentencioso:

—¡No, muchacho, no! Eso sería como escatimar santos al altar. El fanatismo popular lo agitarías más con figuras que con razones, que el pueblo nunca entiende lo bastante. El heroísmo anónimo no ha despertado jamás ninguna idolatría, sin idolatría no hay fanatismos, y sin fanatismos no se hacen revoluciones. Razones, razones... ¡para el pueblo!... Ya lo dijo no sé quién: «La razón es una olla de dos asas en la que cada cual agarra la que más le conviene». El pueblo mira qué asa han agarrado sus ídolos y se aferra a ella y no se preocupa de nada más. Ya te digo yo que si esto mío hoy ha

logrado diez prosélitos, habría conseguido diez millones si se supiera de quién y de dónde viene.

El guasón de Armengol todavía jugó un rato más haciéndole callar para burlar el espionaje del centinela, al que se suponía escuchándonos y que, en realidad, teníamos tan lejos como pudiera encontrarse.

—Siempre... los canallas, ¡siempre! —exclamó el preso, en voz baja y rabioso.

Después retomamos la conversación y quedamos en que todos los desahogos de nuestro *revolucionario* se publicarían en adelante bajo el seudónimo reluciente y expresivo de *El Barricadero*, que se le ocurrió a Armengol.

Y como, en el momento de salir, yo me manifesté escandalizado por el alto concepto que tenía de sí mismo Serrallonga y de lo que llegaba a exagerar al considerar como un heroísmo su chiquillada de las Delicias, Armengol se echó a reír diciendo:

—¡Si es un visionario, hombre, si es todo un *tipo*! ¡Siempre lo verás así! ¡Mira que creerse que mandamos publicar todas sus barbaridades!

—¿Y no lo es, y bien gorda, la nuestra de hacérselo creer? Mañana, en cuanto salga y vea el engaño...

—¡Venga, hombre, venga! Mientras tanto él es feliz y nosotros nos divertimos. Por eso lo hago. Esta temporada en la cárcel y el chasco que se va a llevar quizás le curarán de ser tan cretino.

—¡Creerse un célebre vengador y con derecho a la idolatría popular!... ¡Ja, ja, ja, ja!

Y de este modo llegamos a casa, riéndonos como muchachos que éramos de aquel que nos debía de haber inspirado una profunda compasión. Y así fueron sucediéndose las cosas, hasta que un día, a primera hora de la tarde, el amigo Armengol aparece en casa con cara más risueña que de costumbre y exclama:

—¡Nunca adivinarías quién ha venido a verme hará tres horas! ¡Banderola, El Barricadero, Daniel!

—¡Qué me dices! —exclamé más muerto que vivo, viendo ya sobre mí la tormenta que hacía tiempo me temía.

Armengol se dejó caer en la mecedora y, dando vueltas al bastón con las palmas de las manos sobre sus rodillas, me contó, muerto de risa, la escena que acababa de ocurrir entre los dos.

Dijo que Serrallonga, sin tener en cuenta el entumecimiento natural de las piernas después de dos meses de prisión, subió las escaleras corriendo y que llegó al piso de Armengol (que era un cuarto con honores de quinto) soplando, resoplando, ahogándose. Que Armengol, atribuyéndolo a la emoción y emocionándose a su vez por la sorpresa, le abrió los brazos felicitándole con lágrimas en los ojos; pero que el otro... ¡qué felicitaciones ni qué gaitas por una libertad que él no apreciaba!... Que se sentó,

rehuyendo el abrazo; que estuvo resoplando un buen rato; que se secó el sudor de la cabeza, del cuello, de las muñecas y que, una vez repuesto, le pidió con prisas y ojos ansiosos los pasquines y los periódicos donde habían aparecido sus escritos. Armengol, dejándose llevar por su natural calmoso, había ido demorando el trabajo de inventarse la excusa para cuando se anunciara el perdón de Serrallonga: se encontraba atrapado. Y todo era cavilar y más cavilar, mordiéndose el labio inferior, con la vista clavada en el bastón nuevo que se había comprado el preso recién liberado y que imaginaba ya enarbolado sobre sus costillas. A todo esto, Serrallonga se impacientaba, no lo perdía de vista ansiando la respuesta y, más aún, la aparición de aquellos papeles tan queridos, que había visto en sueños, y que venía a buscar.

—Venga, ¿dónde los tienes? ¿No me decías que los guardabas? Sácalos, hombre.

—Sí, pero... Sí, pero...

—¿Pero qué?

—Pues que tienes que entender que en los tiempos que corren...

—¡Venga! ¡Déjate de tiempos, miedoso! ¡Apresúrate! Dámelos, que en un cuarto de hora tengo que estar en la pensión, que mi padre me espera allí. ¡Y mira éste con qué me sale ahora! ¡Dice que ha prometido al general tenerme a su lado y me he de ir sin falta a Vilaniu!

«¡Ah! —dijo entonces, interiormente, Armengol, librándose de angustias—. ¡Ya te tengo, ya te tengo! ¡Gracias a Dios!».

Y dirigiéndose a Serrallonga:

—Es decir, ¡que te vas! ¡Sí que lo siento!... Pues ya te los enviaré.

—¿Cómo?, ¿por qué?... ¡Dámelos ahora, hombre! Por eso he venido. Ya me los llevaré yo. No me los encontrarán, no me comprometerán: te lo aseguro. Pero, al menos, que los pueda ver. Que no los trajeras a la prisión, lo comprendo; pero que me los niegues ahora, no. ¡Venga, venga, tráemelos!...

—No, no; si no te los niego.

—¿Y entonces?...

—Es que no los tengo en casa. Te seré sincero: para hacer más propaganda, los dejé en casa de un amigo.

—¡Bueno, por el amor de Dios! ¿Y si los pierde?

—¡No, hombre no! Vete tranquilo, que ya te los enviaré.

—Más rápido es ir a buscarlos ahora. Vamos: te acompaño.

Y contaba Armengol que aún tuvo que estar más de un cuarto de hora inventándose excusas y subterfugios para escapar del compromiso y lograr dejar en la pensión al pobre Daniel con la esperanza de recibir en Vilaniu lo que no existía en el mundo.